

instituir sedes episcopales, reformar el clero y el pueblo, y hacer cumplir la disciplina eclesiástica de aquel país.

El legado de la Santa Sede se dirigió principalmente á Baviera, y puesto de acuerdo con Odilon, duque de aquella comarca, empezó la reforma religiosa. Su primer cuidado fué convocar un sínodo (740?), en el que se acordó dividir la provincia en cuatro obispados, á saber, Salzburgo, Frisinga, Ratisbona y Passau: en ellos se colocaron cuatro sugetos de reconocido mérito, y en torno suyo se agruparon los sacerdotes; y derrocada la herejía, cayeron para siempre los ídolos, empezando á florecer la semilla sembrada por San Severiano y San Ruperto. Bonifacio dió cuenta á la Santa Sede de su misión y partió hácia el Norte. El año 742 celebró un segundo sínodo para la Franconia, que dividió en tres diócesis, Wurzburg, Bamberg y Eichstœdt, uniendo á ellas el Erfurt por la Turingia: en las actas del concilio se profesó « la unidad de la fe católica, la sumisión á la Iglesia Romana, y la obediencia á los preceptos de San Pedro, para ser admitidos en su grey. »

Al año siguiente se celebró en Leptine, cerca de Cambray, una asamblea presidida por Bonifacio, y á la que asistió Carlomano, hijo y sucesor de Carlos Martel, como mayordomo del palacio de Austrasia. Todas las clases del clero, « obispos, sacerdotes, diáconos y clérigos inferiores, prometieron hacer renacer con sus costumbres y doctrinas las santas reglas de los Padres y las leyes de la Iglesia. » Los abades y monjes se sometieron á la regla de San Benito. En otros artículos se fijaban los bienes eclesiásticos, se prohibían el adulterio, el incesto, los desposorios ilícitos, la venta de esclavos cristianos á los ídólatras, y las prácticas paganas bajo la pena de quince monedas. Para ilustrar el celo de los misioneros, se hizo una lista de treinta supersticiones populares, monumento instructivo del paganismo germánico, y se propuso esta fórmula para los convertidos. « Renuncio al demonio, á la comunión del demonio, á las obras y palabras del demonio, á Dunnar, Woden y Saxnot, y á todos los espíritus impuros que están con ellos. »

Estas asambleas solemnes, santificadas por el pontífice, presididas por un santo, y bajo la protección de dos jefes poderosos, excitaron la admiración del pueblo, renovando la serie de los sínodos nacionales, interrumpida hacía ochenta años, y fueron asimiladas á los grandes de Nicea, Constantinopla, Éfeso, Calcedonia, pues si en estos se establecieron los dogmas de la Iglesia, en aquellos se establecieron las naciones.

Asegurada la paz interior, debía afirmarse la victoria exterior, y Bonifacio se encargó de esto, contando con aquella milicia monacal que había formado en Ohrdruff, enseñada en la observancia estricta de la regla, y del trabajo manual. El 12 de marzo del año 744, á orillas del

Fulda, y en un bosque de hayas, siete monjes guiados por el discípulo Sturm, apoyados en una donación del duque Carlomano, desmontaron el terreno donde se puso la primer piedra de la abadía de Fulda, émula de la de San Galo, colonia civilizadora de la Alemania Central; baluarte y ejemplo á un tiempo para los nuevos Cristianos. La aplicación de los cánones de Leptine se corroboró con sínodos posteriores; disposiciones adaptadas á aquellos países imbuyeron la fe cristiana en el espíritu y en la lengua de los Bárbaros: se previno á los sacerdotes enseñasen á todos los fieles de su jurisdicción la oración dominical y el símbolo; debiendo traducir en el idioma del país la abjuración, la profesión de fe, y la confesión de los catecúmenos. Para que esta obra de tantos años pudiese conservarse, requeriase una sede potente, cuya autoridad se extendiese sobre la frontera cristiana y sobre el campo de batalla de las misiones. La asamblea de los Francos eligió á Maguncia para metrópoli y á Bonifacio para metropolitano: el papa Zacarías aprobó la elección, y por solemne decreto erigió á Maguncia en ciudad arzobispal, con jurisdicción sobre Tóngres, Colonia, Worms, Spira, Utrecht, con mas los pueblos de Alemania donde « la predicación del venerable obispo había difundido la luz de Cristo. »

La restauración que se efectuaba en la Iglesia germánica, era necesario subiese hasta el Estado. El espíritu de disciplina, restablecido entre el clero, cundió entre los grandes, y todo se encaminó á la unidad. Ya era tiempo de que acabase la unión anómala de un príncipe sin poder y de un mayordomo poderoso; consultó la nación al papa, y este aconsejó se restableciese el estado verdadero de las cosas reuniendo bajo una sola cabeza el título y el poder, por cuya razón fué alzado sobre el paves Pepino el Breve, y Bonifacio le ungió rey.

Bonifacio, que había llegado al colmo de su gloria, siendo legislador religioso de un nuevo imperio, y el mas enaltecido de la Cristiandad después del sumo pontífice, Bonifacio no olvidó sus juramentos y dedicó su solicitud á los intereses universales de la Iglesia. Visitó en Pavía á Liutprando, rey de los Longobardos, para contenerlo en sus miras ambiciosas, que mas de una vez le condujeran á las puertas de Roma. Con sus cartas sostenía el fervor de los monasterios de la Gran Bretaña; también á Estibaldo, rey de Mercia, le reconvino por su vida relajada en una epístola: ni escaseaba á la Santa Sede consejos sinceros, animando con su celo el del papa Zacarías, á quien pidió la supresión de las danzas ídólatras, celebradas en las plazas de Roma en las calendas de enero. Tantas atenciones no estorbaron á aquella alma grande, ocupada en los intereses temporales y eternos, el continuar cultivando las letras, ocupación favorita de su juventud. Desde el fondo de su soledad en Turingia, siguió los progresos de las ciencias en la Iglesia floreciente

de la Gran Bretaña, de la cual era discípulo, y pidió los escritos de Beda, que oyera elogiar como una luz enviada por Dios para consuelo de los suyos. Habiendo sus largas veladas, empleadas en leer, debilitado su vista, se procuró un ejemplar de las profecías en letra gruesa « sin abreviaturas ni nexos, para no cansar sus ancianos ojos, » y en su inmensa correspondencia, entre las consultas á los papas, y las exhortaciones á los reyes, se hallan cartas de una monja anglo-sajona, que le envía algunos versos latinos, tímidos ensayos, para que se digne corregirlos é ilustrarla con sus consejos en el bellísimo arte poético, cuyos elementos le enseñaba su abadesa.

Á principio del año 755, se difundió una noticia aflictiva por las orillas del Rin; la Frisia, que desde la muerte de San Willibrod no disfrutara de paz, había abjurado el Cristianismo y repuesto sus falsos dioses. Bonifacio, á la sazón octogenario, se acordó de los neófitos que allí tuviera siendo jóven, y escribió á Fuldrado, abad de San Dionisio, recomendándole encarecidamente sus sacerdotes y monjes, que vivían en la mayor pobreza en las fronteras de los paganos; dimitió la dignidad arzobispal en su discípulo Lull, á quien encargó completase las iglesias de Turingia, construyese la basilica de Fulda, y conservase la fe en los pueblos. « Yo, continuaba, voy á ponerme en camino, porque se acerca el día de mi partida, y nada puede distraerme de ella por ser mi mas ardiente deseo. Por esta razón, hijo mio, prepáralo todo poniendo en la maleta de mis libros la sábana que debe envolver mi anciano cuerpo. »

Llevó en su compañía al obispo Eoban, á los sacerdotes Walter, Wintrig, á los diáconos Amund, Skirbald y Bosa, y á los monjes Wacar, Gundwacar, Illesher y Bathowulf, y embarcándose en el río, llegaron á Utrecht: allí descansaron unos días, tras los cuales empezaron á predicar el Evangelio á las gentes, administrando el bautismo á millares de hombres, mujeres y niños. El día 5 de junio se encontraban á orillas del Burda, que separa los Frisones orientales de los occidentales, y la tienda del arzobispo estaba erigida cerca de Dockum; ya estaba preparado el altar, dispuestos los vasos sagrados para el sacrificio, y convocada una inmensa muchedumbre que debía recibir la imposición de las manos, cuando al salir el sol apareció un gran tropel de Bárbaros armados de lanzas y escudos, que enfurecidos atacaron el campamento: los siervos empuñaron sus armas para defender á sus señores; pero el hombre santo, al primer rumor del combate, sale de la tienda rodeado de los clérigos que llevaban las reliquias, compañeras suyas inseparables. « Deteneos, hijos míos, les dice, acordáos que la Escritura enseña á volver bien por mal. Este es el día que tanto he deseado siempre, y la hora de nuestra libertad se aproxima. Sed fuertes en el Señor, esperad en él, y él salvará vuestras almas. » Volviéndose en se-

guida á los sacerdotes, y á los clérigos, dijo: « Hermanos, constancia, y no temáis á aquellos que nada pueden sobre las almas; alabad á Dios que os prepara un asilo en la ciudad de los ángeles. No lloréis por los mundanos placeres, tened valor en este brevísimo paso de la muerte, para que podáis entrar en el reino eterno. »

Al concluir estas palabras les acometieron los Bárbaros y degollaron á los siervos de Dios; en seguida se precipitaron en las tiendas, donde en lugar de oro y plata solo hallaron reliquias y libros; irritados al ver frustrada su esperanza de un rico botín, y ebrios de vino y cólera, revolviéronse unos contra otros, visto lo cual por los Cristianos, les atacaron y dispersaron. Encontróse el cuerpo de San Bonifacio y á su lado un libro manchado de sangre, que debió caerse de las manos, y el cual contenía varios opúsculos de los Padres, entre ellos el de San Antonio *De los beneficios de la muerte*.

Razonable y justo era que nos detuviésemos á reflexionar sobre tanta grandeza, considerando detenidamente una vida tan heroica, que es el compendio de la revolución verificada en el transcurso de algunos siglos y que cambió los destinos de las naciones. En vano por espacio de cuatrocientos años fluctuaron los Germanos entre las instituciones de la sociedad cristiana: la barbarie no se destruía: en vano se asociaron obispos y monjes para educar á estos pueblos ignorantes: mal podía la fe convencer espíritus dominados por la sensualidad, ni gobernar voluntades que no estaban acordes. Resentíanse los ánimos de los antiguos hábitos del homicidio, latrocinio y embriaguez; y no es cosa extraña que los sacrificios á Wodan ensangrentasen los altares de Cristo, cuando los Francos, después de llevar treinta reyes católicos, recaían en la idolatría. Si el Cristianismo hubiese estado sujeto al libre albedrío de los Germanos, pronto se hubiera convertido en una fábula mas que añadir á las de la mitología septentrional.

Necesitaban los Bárbaros de un tutor que completase su educación, pues sus espíritus indóctiles, que se oponían á la ilustración, solo podían ceder ante un gran poder, y este poder supieron los papas conquistarle: ayudábales á ello el carácter paternal emanado de las instituciones divinas; la fuerza de su palabra, la costumbre del mando, el prestigio del tiempo y la distancia y la majestad del nombre latino: con estas circunstancias ventajosas dominaron á los Francos, y por medio de estos á los demas pueblos. Momento decisivo fué aquel en que Gregorio II dictó á Bonifacio, obispo, el juramento de fidelidad: Roma vió se cumplía lo que presintiera cuando los soldados de Alarico volvían á depositar con toda pompa los vasos sagrados en la basilica de San Pedro: vió que las naciones que la humilláran se sometían de nuevo á su imperio; vió que un prelado sajón se postraba en nombre de la Germania á los pies de un ciudadano

romano, y el representante de los Bárbaros se levantó legado del Vaticano: procónsul de los tiempos modernos que sin lictores, ni espada, y sin tesoro, llevaba consigo el genio legislativo del antiguo Senado. Por espacio de treinta y siete años continuó cumpliendo los designios de la política romana, cuyo representante se hiciera, y su activa correspondencia con la Santa Sede, y las veinticuatro cartas de los papas Gregorio II, Gregorio III y Zacarías, demuestran evidentemente la fecunda docilidad de aquel gran genio. Los Septentrionales recibieron la dominación benéfica, que venía, no

ya con las águilas, sino con los símbolos de la paloma y el cordero, y dejaron de fluctuar entre los ídolos y el Evangelio, como lo hicieron durante cuatro siglos. El legado apostólico renovó la consagración de los reyes de Judá ungiendo la frente de los duques austrasianos: entonces los Francos, confiados en su misión, se encontraron, por voluntad de Dios, defensores de la Iglesia, sucesores de los Romanos y barrera insuperable á las invasiones: reunidos el pasado y el porvenir, amalgamados los tiempos y los poderes, de esta unión salió para la era cristiana la edad média.

NUM. XV

CARLO MAGNO

(742-814.)

Como entre los emigrados fueron los Francos la gente más grosera, si comparamos la extrema decadencia y la impotencia absoluta de la Galia en los últimos tiempos de Roma, con el vigor que en su regeneración desplegó en los tiempos de los Merovingios, nos vemos inducidos á creer que fué el dominio de estos menos degradante que el de los Romanos.

Lo más notable, en sentir de Schlegel (1), es la perfección gradual del gobierno franco, necesario para un pueblo numeroso, y que hacía insuficiente el antiguo gobierno germano que se adaptara para una nación reducida y de una sola raza. Entre los Germanos solo había una clase: los príncipes y los nobles casi eran iguales, no estaba admitido el derecho hereditario; se elegían los duques; los libres, gradación más bien que clase, gozaban muchos privilegios de la nobleza, y podían usar armas, tomar asiento en las asambleas y defender su honor ultrajado.

Consolidada la conquista, ya no fueron los reyes solamente los primeros de la nobleza y del pueblo; sino soberanos circuidos de un fausto que los aislaba de la masa general. Cambió en cierto modo la condición de los libres, en los que consistía la verdadera fuerza de la nación, como elemento principal que eran del ban y del retroban de las tropas reclutadas en masa; pues decayeron de su prestigio desde el momento que el conquistador procuró solo engrandecer sus Estados, y no atendió á su defensa ó á su gloria.

Los antiguos Germanos tenían dos clases de servicio militar: el ban, ó leva nacional, y el servicio feudal, con que contribuían al rey algunos vasallos particulares, elegidos entre los nobles. Enriquecidos los reyes, recompensaron su fidelidad con la distribución de las mejores provincias, resultando de esto que se hicieron poderosos: engrandecidos proporcionalmente, en lugar de la antigua nobleza na-

cional se creó para en adelante una nueva y servil, que no ya con el pueblo, sino con la persona del señor estuvo íntimamente ligada.

Los hombres libres, es decir, el otro elemento del antiguo régimen germánico, menguaron proporcionalmente en prestigio, siendo algunos avasallados por la fuerza, y otros perdieron voluntariamente su libertad admitiendo señores para eximirse del alistamiento que la extensión del imperio hacía cada día más penoso.

Pero el medio adoptado por los reyes para crear esta nueva aristocracia á su alrededor, causó con el tiempo la decadencia de su poder, pues los vasallos encumbrados estorbaban la acción de tal poder, y el primero de ellos que ocupaba el puesto de honor en la corte, podía apoderarse del mando cuando el príncipe era débil y sin carácter, como sucedió á los Merovingios, desposeídos por sus mayordomos, que hicieron hereditario este cargo.

Aunque los cronistas lo mencionan, sin embargo, tal vez no fué bastante considerado el carácter católico del principado franco. Clodoveo, al hacerse católico mientras los demás Bárbaros seguían el arrianismo, fundó la primera dinastía; pero la Francia solo era un ejército católico, en tanto que la sociedad gálica, es decir, los vencidos, permanecían romanos. Como general, el rey era despótico, y tenía el poder legislativo y judicial, necesario al jefe de un ejército: las asambleas eran consejos de guerra, donde se juzgaban bajo la misma fórmula los actos de disciplina, de política y de justicia: la elección de oficiales residía absolutamente en el jefe, y podía disponer de ellos como de cosa propia: todo era elegible y sujeto á revocación, excepto el pueblo militar y el general. De aquí nacía el orden de sucesión: el rey se nombraba sucesor dándole en la jerarquía del mando el grado que, muerto él, le colocaba en primer lugar, y si era niño de corta edad, le recomendaba á un tío ú otro pariente próximo. Por esta razón, en los últimos tiempos de los Merovingios, eran los jefes de los ejércitos los que transmitían la monarquía, y si

(1) Cuadro de la historia moderna.